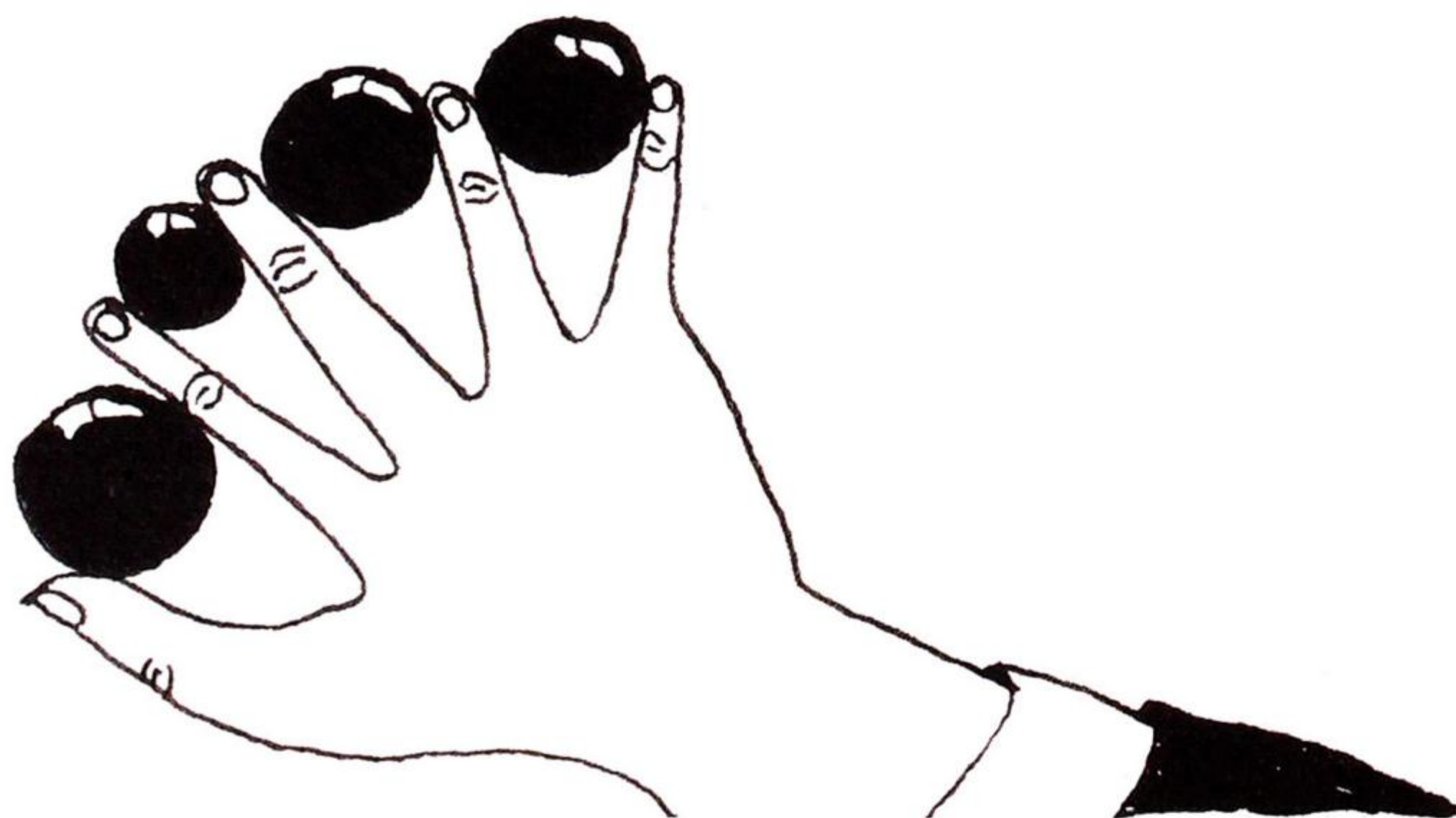


muchacho, bajo de estatura, corto de piernas, resulta ser una eminencia; estudioso y casto, parte a Inglaterra a terminar sus estudios. Regresa igualmente virgen, hace una remezón en los bienes heredados de su padre, se sitúa como el mejor, se alía con su primo, que, al contrario de él, posee una excelente presencia física y fama de donjuán pero un pésimo lenguaje y, con el tiempo, no sólo acrecienta su fortuna sino que es candidatizado y elegido presidente de la república.

Un día Trimegisto tiene la desgracia de conocer a una mujer que, como ninguna, hace tambalear sus esquemas. Hija de un alemán, soldado de Hitler, y de una secretaria, Brunilda, voluptuosa y ordinaria a morir, lo llevará finalmente a la muerte, cuando días antes de contraer nupcias lo abandona por seguir tras un italiano infatigable sexualmente. Trimegisto pierde la cabeza y el buen sentido del que siempre se preciaba, su primo lo encuentra revuelto en sus propias heces y finalmente muere en un hospital, vociferando como nunca, aterrando a las pacíficas monjas con un lenguaje desconocido hasta ahora. La locura obedece, además, al haber recibido una transfusión de sangre negra que fluye y reemplaza la suya, tan limpia por generaciones.



La novela posee una muy buena estructura, los personajes están muy bien creados y el autor se las ingenia para lograr una trama que se

puede seguir a pesar de ese estilo que tanto ha procurado el autor:

*Las tripas comenzaron a sonarle en forma desconcertada y estruendosa hasta el extremo de que de nada valieron sus toses fingidas y el mayor volumen que imprimió a la música. Los inclementes borborismos seguían recorriendo de uno a otro extremo la región entérica de Trimegisto en una detestable cacofonía ventosa que desafiaba todo conato [...] La borrasca gaseosa que el miedo había desatado en los entresijos del candidato no amainaba con nada [...] Era una barahúnda de flatulencias cautivas que en un momento dado fueron rugidos estentóreos [...] [pág. 192]*

Indudablemente, Iriarte goza con el manejo de un lenguaje, construye con maestría ciertos ambientes, acusa una infatigable erudición, pero esa tendencia hacia lo burdo, la reiteración obsesiva de los temas escatológicos, la crítica a la sociedad, sostenida sobre los fluidos corporales, tendrán gracia sólo para algunos que gusten de este tipo soez de construcciones.

*Al instante la calle quedó inundada por un amasijo nauseabundo en el que se mezclaron los*

*entresijos del burro con el repelente contenido [...] y cayó de bruces en el frondío charco de sangre, tripas y desechos [...] y*

*transformada en una fétida sopa de mondongo, cuando los primeros perros mostrencos y los buitres de la fosa común asestaban los mordiscos [...] [pág. 268]*

No sobra reiterar: la novela está muy bien construida, pero ese permanente hacer girar un lenguaje castellano que seguramente transluce a Quevedo o Valle Inclán, en función del elemento grotesco y el deleitarse con la flatulencia, la sangre coagulada, las tripas, los olores, etc., hacen una lectura difícil y bastante excluyente a pesar, seguramente, del talento del autor.

JIMENA MONTAÑA  
CUÉLLAR

## Difícil síntesis

### La trampa del deseo

Jorge Guaneme

Ediciones Aurora, Bogotá, 2001,  
193 págs.

Desde un calabozo rudimentario que al menos lo deja contemplar el paisaje del mar Caribe, Narciso, el aspirante a escritor, rememora por qué vino a parar tras las rejas, mientras el cadáver de Paola, su compañera de aventuras en esa región virginal y peligrosa, limítrofe con Panamá (y de cuya muerte lo acusan), se descompone al lado, porque no es posible comunicarse con la ciudad para hacer llegar un médico legista. De esta manera comienza *La trampa del deseo* de Jorge Guaneme, y nada hace presentir que en esa remota región al margen de la historia vayan a tener lugar conflictos que terminarán cuestionando de manera radical las complejas relaciones entre literatura y realización vital y entre literatura y moral establecida, así como las posibilidades de superación que implica el acto de crear. Entre los mayores logros de Guaneme está el que problemas de tal



complejidad se desarrollen, de manera verosímil y simbólica, en medio de la enervante naturaleza del Darién limítrofe, donde las criaturas que allí habitan están amenazadas por esa belleza antropófaga y bloqueadas por la selva y el mar.



Ordinariamente, ése hubiera sido un escenario dispuesto para elementales aventuras de una previsible rudeza. Pero es preciso aclarar antes que Guaneme no “eligió” cerebralmente ese escenario para su argumento, sino que los acontecimientos que él vivió allí en la realidad con una mujer fueron elaborados y profundizados. Eso explica, en primera instancia, tan extraña fuga a la selva virgen, puesto que los conflictos de que trata la obra exigían, desde un punto de vista lógico, un ámbito civilizado y elitista en la gran ciudad. Pero no solamente por esa base autobiográfica son desarrollados allí, puesto que es obvio que la soberanía del novelista podría haberlos trasladado a un medio aparentemente más apropiado, sino que el autor consideró necesario preservar esos casi inverosímiles contrastes como parte esencial del simbolismo de la trama, no sólo porque encarnan la drástica disyuntiva a que el protagonista se ve sometido, sino porque remiten a los contrastes violentos de un país surrealista como Colombia.

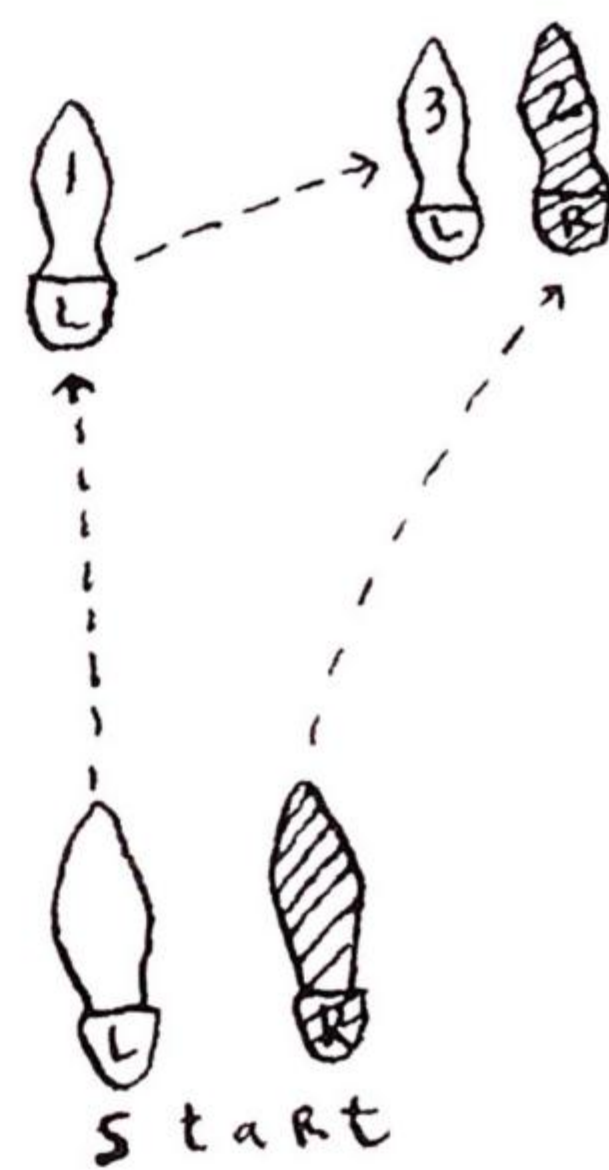
Pero ¿cuáles son los motivos concretos para que Narciso, el hombre culto de evidente formación europea y cuya máxima aspiración es escribir, tenga que dirimir los más intrincados problemas que le plantea esa ambición, precisamente en esos parajes olvidados por la historia? Ante todo, debido al deseo ardiente de poseer a una bellísima mujer, Paola, que ama la primitiva sensualidad del

tropico más salvaje y que quiere experimentar allí sensaciones de peligrosa intensidad pero teniendo al lado un hombre joven, sumiso y comprensivo que está fascinado con su cuerpo y podría ser un marido abnegado, con el cual compartir las ganancias de una fábrica de papel que acaba de heredar. Esa fábrica es, además, otro pretexto, porque la selva del Darién es riquísima en maderas y Paola juega un poco y con ingenuidad a la empresaria y a tentar con su dinero a Narciso.

Se configura así una especie de “situación límite” (como diría Sartre) en la que Paola exige a Narciso el abandono de su mundo intelectual y artístico a cambio de las volup-tuosidades del amor y las ventajas de su dinero, y sus exigencias se tornan más apremiantes y magnéticas en la soledad de esos parajes primitivos y desbordantes de sensualidad paradisíaca. Un hombre de sensibilidad artística, pensante y arrogante en su libertad de creador no podría servir a sus fines. Por eso, mientras Narciso no se someta a sus designios, ella no se dejará poseer por él. Por su parte, Narciso ha accedido aparentemente a entregarse progresivamente a ellos, antes del viaje, pero en secreto alienta la esperanza de que durante la excursión se presenten circunstancias favorables para hacer suya a Paola sin traicionar su mundo. Más aún: considera que ese viaje tal vez le inspire ideas nuevas para una novela y lo saque de la esterilidad y el marasmo, intelectualizados, en que se encuentra la ciudad, al lado de la poetisa Laura, su lúcida amiga íntima, que representa valores opuestos al mundo de Paola.

Narciso considera que es preciso intentar la fusión visceral entre vida y obra que preconiza Hawthorne: “Que un hombre escriba un cuento y compruebe que éste se desarrolla contra sus intenciones; que los personajes no obren como él quería, que ocurran hechos no previstos por él y que se acerque una catástrofe que él trate, en vano, de eludir. Ese cuento podría prefigurar su propio destino, y uno de los personajes es él”.

Ésa es, con variaciones de intensidad y de sentido general, la aspiración de Thomas Mann para la novela: “Los libros —nos dice— tienen su propia voluntad que, en muchos casos, no coincide en absoluto con las intenciones de su autor, sino que va considerablemente más lejos, y el proceso creador consiste propiamente en la observación, profunda y cuidadosa, de la voluntad propia de una obra, así como en la fiel observancia y cumplimiento de esa voluntad objetiva por parte del autor”. La diferencia fundamental está en que para Hawthorne esa voluntad de la obra tiende a confundirse con un misterioso destino, mientras que en Mann el autor no está tan sobrepasado, sino que debe ser radicalmente consecuente con la verosimilitud y el cálculo de probabilidades en el desarrollo de un argumento, sobreponiéndose, dialógicamente, a sus preferencias subjetivas.



Narciso se deja influir por los aspectos más inquietantes de la sentencia de Hawthorne y se sumerge en la corriente aventurera que le propone Paola. Repetidas veces cae subyugado por el deseo exasperante del cuerpo de su compañera y es humillado y rechazado otras tantas en sus intentos de posesión, lo cual lo obliga a sopesar y examinar, en forma implacable, su pretendida vocación de escritor. A esas dudas torturantes y reiteradas contribuye mucho su aridez, la incapacidad para encontrar un tema interesante, im-



potencia que parece dar la razón a los sarcasmos de Paola y que lo hace fácil presa de sus deseos lascivos, alejándolo cada vez más de Laura y lo que ella representa. Pero, cuando el exhibicionismo y el tiránico egocentrismo de Paola se tornan demasiado insolentes, Narciso empieza a despreciarla y a sentir nostalgia del amor espiritualizado por Laura.

Concibe entonces el vago anhelo de deshacerse de su compañera de excursión porque, a pesar de todo, el deseo carnal subsiste y las tentaciones del bienestar que su dinero le ofrece no logran ser completamente superadas. Pero no es posible dejar una pasión sino oponiéndole otra de más intensidad, y es el caso que no puede escribir creativamente (la única pasión que podría enfrentar a la que sigue sintiendo por Paola) sino sólo preparar, con notas aclaratorias e interminables discusiones consigo mismo, la posibilidad de una escritura en la que pueda llegar a realizarse. Se siente escindido en dos yoes que profundizan, en sus discusiones monologantes, una autocrítica despiadada e iluminan progresivamente el tema desde distintas perspectivas. Y es tal la polarización, que cree escuchar a otro sujeto que lo habita (y al que en broma llama Nicanor), que progresivamente va dominándolo con su audacia amorosa y mefistofélica a favor de una existencia que apueste todo a la creación literaria, a la cual valdría sacrificar a la misma Paola. Para eso tendrás, le susurra N. “que dejar atrás los principios que nacen de las componendas del rebaño y, a cambio, dictarte tu propia ley. Cultiva tus propios fantasmas, déjate llevar a un estado cercano a la locura, sin perder la lucidez. Haz uso de todas tus fobias y obsesiones. La belleza no es sino la suma [...] de nuestras perversiones. El derrotero del arte está fundamentado en esa flexibilidad que permite al artista llegar hasta las fronteras de la alucinación sabiendo que puede regresar [...] de ellas [...] sólo quien se atreve a caminar al borde del precipicio, sólo ese logra volar. Atrévete”. Resuenan ahí ecos de Rimbaud cuan-

do escribía que la más auténtica poesía surge de cultivar el desorden de los sentidos, y de Nietzsche cuando afirmaba que el creador es el más autorizado árbitro de la moral. En esos numerosos fragmentos de la introspección de Narciso, la novela alcanza sus momentos de plenitud y de mayor validez universal, y se perfila como una novela para escritores, convirtiendo los motivos centrales de sus fragmentos reflexivos en una búsqueda estético-ética y psicológica para hacer de la escritura un camino de superación. Al respecto le dice N. esa insidiosa parte de su personalidad: “Si tu oficio no te transforma no vale la pena. Debe ser como la alquimia cuyo fin último es la transmutación del mismo alquimista: hacer de la escritura un camino de transformación y conocimiento de sí mismo, una reflexión acerca del mundo, no un parapeto de francotirador, ni un púlpito del sufrimiento personal”.



No obstante, todo eso sigue siendo externo a la creación misma, que es inseparable del entusiasmo por un tema, y se necesita que Paola (preocupada por la frialdad creciente que nota en él) le confiese que su problema de frigidez no es solamente con él, sino con todos, y que sólo le gusta ser acariciada pero no poseída, para que Narciso empiece a comprender que esa lucha por liberarse del deseo prefigura, de hecho, un argumento narrativo apasionante al que solamente le falta... la eliminación de Paola. Escribe, entonces, el plan de esa narración incluyéndola. El plan

es un texto que describe una especie de fábula que condensa de manera alusiva y sutil su lucha y las condiciones de su liberación, entre las que descuella la supresión de Paola, y que presenta la inquietante evidencia de que es, al mismo tiempo, un plan de vida para el autor, que no se sabe cómo va a terminar. Es, como lo quería Hawthorne, proyecto literario y azaroso plan existencial a la vez, que, por misteriosas coincidencias, se realizará sin que Narciso lo busque efectivamente, como si la fuerza de su deseo (bastante lúcido en definitiva) de que Paola sea eliminada hubiera sido escuchado por potencias desconocidas pero operantes. En esa última y decisiva prueba de fuego, Guaneme sale bastante airoso: las circunstancias en que muere Paola son indiscutiblemente casuales y se encadenan de manera sorpresiva, y los signos premonitorios que Narciso cree descubrir en la hermosa noche de luna llena y en



los afilados acantilados donde el mar se estrella son más bien proyecciones de una angustia anterior ante las pruebas audaces y temerarias que suele realizar Paola de manera irresponsable para vivir con intensidad, desafiando a los elementos pero, en realidad, porque parece secretamente desesperada en la soledad a que la ha confinado su imposibilidad de amar y su rechazo al varón, con mayor razón en esa noche en que ha leído secretamente el plan de narración de Narciso. De modo que Paola es eliminada por el mar rugiente en un momento de descuido, en los



acantilados, sin que Narciso sea el sujeto directo de la acción y, sin embargo, las circunstancias se han encadenado de tal manera "casual" que es como si el deseo de Narciso las hubiera encauzado misteriosamente para que culminara de manera consecuente el argumento de la futura narración y al mismo tiempo cambiara radicalmente el rumbo de la existencia del autor.

Con esta novela, Jorge Guaneme asimila elementos ensayísticos, reflexivos y hasta psicoanalíticos, a la imagen novelística, sin caer en el tono discursivo, didáctico o trascendentalista, sino mediante un tono ágil, con frecuencia picante pero casi siempre agudo, y gracias a una fluidez entrecortada en la descripción de las corrientes de conciencia y a la apelación frecuente al simbolismo de los sueños. Realiza así una difícil síntesis que incluye con naturalidad las determinaciones de un medio que presenta todavía síntomas de barbarie, y exigentes y rigurosos imperativos culturales que no le dan tregua al protagonista. Éstas son características de una novela precursora de las más avanzadas tendencias de la novela latinoamericana.

EDUARDO GÓMEZ

## ¿Cómo hacerse autor de fama internacional sin mayor esfuerzo?

### Discursos bolivarianos

Alicia Chibán, Eulalia Figueroa, Elena Altuna

Presidencia de la República, Bogotá, 1997, 252 págs.

De cuando en cuando dejamos de reseñar en este Boletín algún libro, con un escueto comentario: "No vale la pena".

Este libro, ciertamente, es uno de aquellos cuya reseña *no vale la pena*. Pero, ¡ay!, se ha cometido con él un

pecado que a mis ojos es grave y atentatorio contra los historiadores, escritores, críticos y simples lectores de Colombia... Y no lo digo por patriotismo ni por conciencia gremial, porque no creo que algo deba ser protegido simplemente por ser nacional ni soy de los que se rasgan las vestiduras proclamando que ha sido herido el talento nativo, ni grito que para qué vamos a traer un técnico extranjero a Millonarios o a Nacional si mediocridad criolla tenemos toda la que queramos, y en cantidades apabullantes.



No. Lo que ocurre es que me parece que es ofensivo que se abofete al lector poniéndole en la cara, pasando por encima de los que sí saben o se supone que saben, un producto de calidad inferior incluso a lo malo que estamos acostumbrados a leer, y todo esto con el aval y la complacencia de la Presidencia de la República.

Claro, dirá el lector. En realidad es un libro de Bolívar, no un libro sobre Bolívar. Los comentarios, así, no importarían mucho. Pero sí importan, replico, y lo bastante como para tomarse la molestia de decirlo.

Todo ocurrió allá en Salta, sí, al norte de la Argentina, cerca del Paraguay. Salta, sí, algo así como Putumayo o Arauca. Tres simpáticas señoritas (¿señoras?) elaboraron una tesis de grado y todos andamos muy contentos porque este encomiable trabajo fue tan bueno que la Presidencia de Colombia decidió publi-

carlo con todos los honores, los mismos honores que se habrán visto en la ceremonia de grado, y a lo mejor hasta las habrán declarado salteñas ciudadanas ilustres y les habrán discernido el equivalente local de la Orden de Boyacá, ¡qué maravilla!, en una nueva demostración del talento nacional argentino...

El libro, así, constituye a lo sumo una compilación, banal, bobalicamente simple, por no hablar de la ingenuidad de quien se pone a hablar de Tamerlán a los mongoles o de San Martín a los argentinos, y está escrito con la petulancia propia del extranjero ignorante. Pero está bien, podemos aceptar que las tres damas no tuvieron en mente más que elaborar su tesis de grado —buena o mala— para graduarse —bien o mal— en la lejana villa de Salta, cosa que en sí no tiene nada de reprochable. Pero eso sería lo único no reprochable de estas páginas. Aquí empieza el problema...

¿Cuál es la fórmula mágica de estas señoritas? Bueno, recoger diez o quince escritos de Bolívar, pegarlos uno tras de otro y escribir veinte o treinta páginas de ñoñeces preñadas de la más trasnochada retórica, emulando así al personaje de algún cuento de Augusto Roa Bastos, que se preciaba de ser el único que conocía a Bolívar en su pueblo y en todo el Paraguay. Dice el gran escritor: "Lo cierto es que en los días de su vida no había hombre en todo Manorá del Guairá que conociera mejor que Chepé la historia de Simón Bolívar y las guerras de la Independencia. Mejor dicho, era el único que la sabía en aquel poblacho perdido entre ríos, selvas y montes, y probablemente el único entre los campesinos del Paraguay entero, sin excluir a los letrados de la ciudad". Cámbiese Manorá de Guairá por Cartagena del Chairá y Bolívar por San Martín y se tendrá el equivalente criollo de la ironía de Roa Bastos.

Nuestras hermosas señoritas no solamente han demostrado ser las más grandes conocedoras de Bolívar en la zona de Misiones y aledaños, sino que pretenden conquistar con